

CONFESIÓN

Asistía a mis clases de catequesis durante aquel crudo invierno del 76 que me helaba los huesos con un frío que no distaba demasiado de esas lecciones vacías y anodinas. Un gélido celestial que neutralizaba cualquier posibilidad de calor, como por ejemplo el calefactor a kerosén que en medio de aquella iglesia no era más que un mediocre diablillo de segunda.

Hasta que llegó la primavera y el verano, época para la cual estaba prevista nuestra primera comunión como si fuéramos frutos maduros y prontos a ser cosechados. Nos iban a dar un cuerpo de Cristo hecho con un ingrediente utilizado en la fabricación de turrónes, connotación infantil que me daba curiosidad y que suavizaba en algo tanta solemnidad.

El caso es que ya estábamos haciendo la cola para recibir ese leve turrón de forma circular y chata en el que yo era incapaz de ver un cuerpo, y menos el de Cristo. Un absurdo que se sumaba al hecho de haberme invitado como parte del rito a confesar algunos pecados. Porque yo no sentía culpa, base de todo el sistema, sino más bien y simplemente, ganas de escuchar y contar historias.

Sin embargo y una vez cumplidos los actos, me había visto a mí mismo volviendo a casa envuelto en una agradable sensación de bienestar. Creo incluso que sentí cierto levitar después de aquella confesión. Como si volara.

Con los años y la madurez he observado cómo la confesión viene a ser una droga que utilizada una vez a la semana nos hace sentir bien con el solo riesgo de cierta hipocresía. Esa misma hipocresía que solemos observar en tantos consumidores de otras drogas cuando alegan ventajas que sus propias vidas desmienten.

Refiero finalmente que al día de hoy, cuando veo estufas de kerosén me siento aquel mediocre diablillo de segunda que descreído y sin sentir culpa, igualmente gozó en silencio del turrón y del aquella imborrable sensación de plenitud. Sin embargo no me confieso para sentirme bien. En todo caso me compro un turrón, lo abro lentamente y al saborearlo, evoco ese bienestar que inseparablemente va unido a la inocencia de los niños.